

finos de la policía, los que había formado para la caza del hombre el decano de los agentes de Francia, Juan Bautista Picoulet. Aquellos espartos polizontes solo consiguieron convencerse más pronto de la imposibilidad de hallar huella alguna del comandante Riviere.

La señorita de la Rigaudie, cuando la interrogaron contestó que no había visto ni sospechado nada y que no había oído el menor ruido. El mayordomo señor Fournier probó que aquella noche se había acostado temprano por sentirse algo indispuerto. En cuanto á la servidumbre del hotel, precisamente estaban fuera y el portero, á quien Fournier había enseñado la lección, no vió entrar en el hotel á nadie sospechoso.

Era preciso que hubiesen penetrado en el jardín escalando las tapias. Los cómplices de Claudio Riviere debían conocer las inquietudes que en otro tiempo habían proporcionado los subterráneos á los carceleros de Luis XVI, y eso les sirvió para salvar al comandante.

En una palabra, la policía perdió el tiempo y el Sr. Bernier, como se lo había aconsejado á Fouché, echó tierra sobre el asunto, no quedando de él, en el espíritu público, sino algo confuso y misterioso que sirvió para aumentar el vago poder de los conspiradores militares.

Respecto á Agostino estaba á la vez inquieto é irritado. La certidumbre de que el comandante estaba allí, en alguna parte, en la sombra, acehando y dispuesto á castigar, le atosigaba y le volvía loco.

Si hubiera poseído todavía el dinero que había tenido anteriormente en su poder, habría dicho á Teresa: «¡Huyamos!» Hay dos clases de gente que en todas partes se crean una nueva patria: los aventureros y los enamorados. Agostino tenía las dos razones para abandonar la Francia, despues de haber salido de Italia; pero, ¿adónde ir? ¿y cómo vivir sin recursos?

El marqués estaba entregado á sus ansiedades y sus dudas, cuando, por casualidad, supo que hacía unas tres semanas, que una jóven italiana, cuyas señas le sorprendieron, hacía hablar mucho de ella por su talento en los salones y por su belleza en los paseos á la moda.

La descripción que de la jóven hicieron al marqués de Olona, era á propósito para picar su curiosidad. Desde 1799 y para hacer más alarde de sus opiniones jacobinas, Agostino no llevaba su título. No le conocían en el ejército más que bajo el nombre del capitán Ciampi, y la mujer de quien le hablaba llevaba precisamente el nombre de marquesa de Olona y ese título era el que la había abierto los salones oficiales.

—Una ¡sola mujer en el mundo tiene derecho á llevar ese nombre—se dijo Agostino.—¿Esa mujer será acaso Andreina?

Agostino no había visto á su hermana desde que había abandonado Nápoles. La había escrito de tarde en tarde, y ella le contestó más escasamente aún. Sabía que la reina Carolina había perdonado á la heredera de los Olonas las opiniones revolucionarias del jóven marqués, á condicion de que la hermana figurase en la cor-

te de Nápoles é hiciese una especie de penitencia pública en nombre de su hermano.

Agostino tomó informes sobre la recién venida, y, en efecto, era la señorita de Olona, era Andreina.

La jóven habia alquilado en la calle de la Chaussee-d'Antin, ó mejor dicho, en la del Mont-Blanc, como se decia desde 1793, en pleno barrio de la banca, entonces naciente, en el hotel número 13, junto al de la Guimard, que entonces poseia el banquero Recamier, un suntuoso domicilio en donde, desde su aparicion, todo lo más elegante de Paris deseaba ser presentado.

Se hablaba de una instalacion admirable y la señorita de Olona pasaba en el mundo por ocupar en Paris uno de esos puestos diplomáticos misteriosos para los cuales ciertas mujeres parecen hechas espresamente, como si los secretos de Estado pudieran ocultarse más fácilmente detrás de los abanicos.

La alta sociedad parisiense habia acogido á la recién llegada con cierta reserva, pues á las mujeres no les gustaba mucho festejar á una íntima de la reina Carolina de Nápoles.

Aquel estraño mundo del primer imperio, aquella sociedad revuelta y mezclada, en donde el heroismo se codeaba con la ambicion, en que la insolencia del proveedor vivia junto al valor del capitán, aquel mundo ansioso de vida, que jugaba todos los dias con la muerte, no era muy escrupuloso respecto á moral.

Las costumbres bastante libres del directorio

no se habian modificado, sino simplemente en el sentido militar, y no obstante, en aquella sociedad de no podia alternar plebeyos, cierta clase de mujeres, porque no tenian, como hoy, su rango y su cargo social, el de roedoras y carcoma. Eran solo *anónimas* y *volanderas*, y, á las *bellas de noche*, no las permitían gozar de su parte de sol.

Por eso habrian dejado á la bella italiana vivir, por decirlo así, al margen de la sociedad, si al cabo de poco tiempo no hubiesen sabido que su nobleza era perfectamente auténtica, y que el marquesado de Olona era uno de los más antiguos del reino de Nápoles.

Andreina de Olona pudo pronto escoger entre los elegantes, los diplomáticos y los extranjeros, á los que consentia en recibir en sus salones, y cuando el marqués se presentó en la calle del Mont-Blanc, un criado le preguntó con cierta altanería:

—¿A quién debo anunciar? ¡No creo que el señor pueda ser recibido hoy!

—¿De veras?—dijo Agostino.—¡Pues decid á la señorita de Olona que soy su hermano!

—¿Su hermano? ¿El señor es?....

—¡El marqués de Olona! ¡Id!...

Mientras el criado volvía, Agostino de pié junto á la ventana de aquel cuarto que daba á un magnífico jardín, pensaba en la ironía de las cosas. ¡El, pobre, desterrado, despues de haber perdido su porvenir! ¡Andreina rica é instalada en el centro del Paris lujoso!

Maquinalmente miraba la larga avenida de

castaños que iba á parar á un hermoso parterre de rosas cuyos soberbios macizos se veían á lo léjos brillantes de luz y de sol.

Dos siluetas se dibujaron de repente en aquel fondo luminoso que caminando lentamente se fueron acercando al balcón en que permanecía esperando el marqués.

Eran un hombre y una mujer, ella apoyándose en él con ese delicioso movimiento de enredadera de las mujeres que aman, él con el rostro inclinado hácia la jóven, mientras sus labios rozaban aquellos ojos femeninos que se fijaban en los suyos con una espresion de profunda ternura é infinito amor.

La mujer era esbelta, elegante, adorable; el hombre llevaba el uniforme de diario de los oficiales superiores de Bercheny.

Agostino se preguntaba quién sería aquel militar, pero cuando los dos paseantes aparecieron en plena luz saliendo de la especie de verde oscuridad en que los habian envuelto las ramas de los castaños, el marqués reconoció al coronel de Solignac, á quien habia visto pasar amenudo, como todo el ejército, al frente de sus huéspedes.

Y cuando Solignac se inclinó sobre el rostro de Andreina y, deteniéndose, besó sus grandes y hermosos ojos, Agostino sintió un movimiento de ira y rebelion; una nube encarnada veló un momento sus pupilas como esas oleadas de sangre que suben á las sienas durante la congelation.

El coronel soltó la mano de Andreina, que,

hasta entonces, habia tenido cogida, y Agostino vió á un lacayo adelantarse respetuosamente hácia la señorita de Olona.

Agostino no oyó lo que decia aquel hombre; pero vió á Andreina hacer un movimiento de sorpresa y un si es no es de desagrado.

Luego la jóven se volvió hácia Solignac y le dijo algunas palabras. El coronel se inclinó, y despues de haber besado la mano que le alargaba, hizo un saludo de despedida y desapareció por la sombría avenida de castaños, mientras que Andreina se dirigia á la casa, no sin volverse hácia el hermoso coronel para enviarle una última seña de amor.

Agostino oia sonar en la arena el ruido de los ligeros pasos de Andreina.

El marqués no pudo contener un movimiento de admiración cuando su hermana entró en la sala.

Andreina estaba encantadora, vestida de blanco y con una rosa en los cabellos, igual á las rosas que Solignac habia cogido con la punta de su sable, el dia de la revista.

La jóven miró al principio fijamente á su hermano, y con aire estraño, profundo y casi irónico, le dijo:

—Te creia muerto, Agostino.

—Y llevabas luto con vestido blanco,—repu-
so el marqués.

Andreina le miró con una sonrisa irónica, y dijo lentamente:

—¿Quiénes componen la familia? ¿Lo sabes tú? Los que le aman á uno y á quienes uno quiere. Los demás...

No concluyó; sentóse en un sillón, mientras que Agostino la contemplaba como si hubiese querido adivinar los pensamientos que se agitaban en ella, y la jóven, con voz burlona, siguió interrogando al marqués:

—Recuerdo el día en que abandonastes á Nápoles y eso que hace tanto tiempo; apenas si te dignaste dirigirme una mirada. ¡Y bien! ¿has hecho fortuna en Francia?

—Mis cartas han debido enterarte de que los desterrados harto hacen con poder vivir. He luchado y no me he muerto, nada más.

—Ya es algo—dijo Andreina,—pero no es bastante.

—En efecto, vivir no es nada. Lo que es algo, es vivir holgadamente. Enseñame lo que debo hacer, porque ansío recobrar el rango que he perdido.

—Lo comprendo. Tu locura fué grande, Agostino. Cuando un hombre se llama marqués de Olona, no debe aliarse con los jacobinos, debe permanecer con su casta y combatir con ella y por ella.

—Eso es lo que tú haces, según me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie y todo el mundo: la gente...

—¿Tanto se ocupa París de mí?

—Mucho.

—Eso es muy halagüeño para mí.

—Y útil.

—¿Y qué dice ese París?

—Los amigos dicen que eres encantadora é irresistible.

—¡Vivan nuestros amigos! ¡Y los enemigos!

—Esos pretenden que la reina Carolina te ha enviado aquí para tener á la corte de Nápoles al corriente de lo que pasa en Francia y en las Tullerías...

—Según ellos, ¿qué soy yo entonces? ¡Una espía!

—A lo más una embajadora.

—El título es bonito—dijo Andreina.—¿Y quién sabe? Tal vez sea exacto.

—¿Luego es verdad que la reina?...

—Su majestad se digna tener la mayor confianza en mi inteligencia y mi adhesión. Yo tenía un verdadero frenesí por ver París; ella me aconsejó que viniera, y he tenido el honor de cartearme con su majestad.]

—Pues entonces...—empezó á decir el marqués.

Andreina le miró bruscamente, fijando sus verdosas pupilas en los ojos de su hermano, en aquellos ojos cuyas miradas eran tan difíciles de coger.

—¿Entonces qué?—preguntó la jóven.

—Que tu fortuna debe ser tan considerable como tu poder.

—¿Mi fortuna?

—Sí, seguramente debes ser rica.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque yo soy pobre ¡pardiez!

Andreina movió la cabeza.

—Entonces podemos darnos la mano, *fratello mio!*—dijo la jóven.—Hace dos años que estoy arruinada, vivo como puedo, al azar después de

haber disipado los bienes que heredé de nuestros padres. Soy ávida de placeres y ansiosa de fiestas. Una noche mandé iluminar el parque de San-Stefano, que es grande como un pueblo, y dos días despues lo vendí porque me fastidiaba en él. Por el castillo, que valia tanto como un palacio real, no me dieron más que una bicoca. Hav algo de locura en mi ligereza.

—¡En efecto!—dijo Agostino, que se preguntaba, estudiándola, si aquella mujer mentía.

—¡Bah!—repuso la joven—vale más haber derrochado, como yo lo he hecho, la herencia del marqués de Olona, que el haberte hecho confiscar todos los bienes como tú.

—De modo,—dijo Agostino arrojando una mirada á su alrededor,—que todo este lujo...

—Son los últimos destellos de un esplendor que desaparecería si yo no fuese mujer capaz de volverlo á recuperar más brillante que antes. La ocasión no faltará, pero mientras tanto, marqués, tu hermana sufre la misma suerte que tú, luchando contra el destino.

—¡De veras!—dijo Agostino.

La sonrisa del marqués expresaba duda é ironía.

—Hablabas hace poco de la reina,—continuó diciendo Andreina.—Pues bien, sí, he venido para tenerla al corriente de todas las intrigas y novelas desconocidas que se agitan en esta temible Francia. La vida que llevo en París la corte de Nápoles la paga, pero todos esos soberanos son avaros y hubiera tenido que vivir de expedientes, si no me hubiesen quedado algunos

restos de mi pasada fortuna. Ahora espero que la liberalidad del rey Fernando llene los vacíos que ha hecho mi lujo en esta gran ciudad, en donde el proverbio miente porque todo lo que reluce es oro!

—¡De veras!—dijo Agostino,—y yo que venía...

Interrumpióse bruscamente y encogiéndose de hombros, añadió:

—Vamos, es imposible que no puedas ayudarme á salir de París!

—¿Existe algun peligro para tí?

—¡Quizás!

—¿Y para escapar de él, quisieras?...

—Marcharme al fin del mundo, al azar, con tres meses de existencia seguros. ¿Puedes procurarme eso?

—¡Tres meses de vida! si por cierto,—dijo Andreina.

Soltó de su muñeca un bracelete magnífico de oro macizo incrustado de esmeraldas, quitóse de las orejas dos diamantes que brillaban como dos gotas de agua sobre hojas de rosas y alargando las alhajas al marqués:

—Toma,—le dijo friamente.

Agostino la miraba sorprendido.

—Con esto puedes ir adonde quieras,—añadió la joven.—Cuando la fortuna sea más clemente para mí, seré más generosa.

—Andreina,—dijo el marqués rechazando la mano que su hermana le alargaba,—no me has comprendido. Por asustado que esté de la necesidad que se me echa encima, como una loba,

no he descendido tanto que te venga á pedir una limosna. Guarda tus alhajas si eres pobre, yo buscaré en otra parte mi salvación.

—Como quieras,—repuso Andreina.

Arrojó los brillantes y el bracelete sobre una mesa y con tono indiferente, añadió:

—Y la salvación, ¿en dónde la hallarás? ¿En las conspiraciones? ¿Eso es una locura!

—¿Quién te ha dicho que yo conspiraba?

—No lo recuerdo, te lo aseguro; pero ello es cierto. ¡Ah! ¡Agostino mio! ¡povero Agostino! ¡qué locura es la tuya! ¡Y, á lo menos, si tuvieras, como tantos otros, la fe que permite arrostrar los peligros y sufrir las persecuciones! Pero lo que fuistes de niño sigues siendo de hombre. En Nápoles abrazaste por capricho la causa republicana y la sirves en Paris por costumbre. ¡Pazzol! ¡povero pazzol!

—¿Sabes lo que yo haria en tu lugar?—dijo, cambiando bruscamente de tono.—Rehacer mi fortuna con el medio que han empleado tantos otros: casándome.

—El medio es vulgar—dijo Agostino.

—Sin duda; pero es infalible. Joven, hermoso como un Olona, y marqués, además, no debe, realmente, en esta sociedad de palafreneros convertidos en mariscales y de regicidas con galones, carecer de cabezas femeninas que se enamoran de un blason auténtico. Ya no nos queda que vender más que eso. Pues bien, marqués, yo lo venderia, y muy caro... Y, además, ¿quién te dice que no habias de poder casarte tambien con una verdadera gran señora, si se te antojara?

—No te entiendo—dijo Agostino.

—¿Conoces á la condesa de Fargés?

—De nombre y de reputacion—contestó Agostino.

—La condesa es vecina mia; la tapia del jardin de su hotel es medianera del mio. Aquellos árboles de allá abajo son los suyos. Esa condesa es una hermosura. Viuda linda, encantadora y rica. Cortejada por todos, nunca ha amado á nadie, ni aun á su marido que era viejo y que se murió muy cortésmente cuando empezaba á ponerse gotoso. *Per Bacco, Agostino mio*, si tuviese un consejo que dar á un hombre, seria el de hacer latir el corazon de la bella y rubia condesa. Seria jugar una soberbia partida.

El marqués permanecía silencioso y reflexivo.

Andreina le oia murmurar: «Quizás.»

Pero, como si la imágen de Teresa se hubiese presentado de repente á sus ojos, llena de encanto con sus profundas miradas y sus negros cabellos, Agostino pasó la mano sobre su frente y añadió:

—¿Qué locura! ¡Para hacerse amar de esa mujer, seria preciso no amar á nadie!

Y permaneció con los ojos fijos en el balcon abierto.

—¡Tambien amas tú!—dijo Andreina con un acento particular y como si hubiese querido expresar con una sola palabra la confesion de su amor.

Agostino que instintivamente miraba hácia el jardin en donde habia visto momentos antes á

Solignac, interrumpió bruscamente á Andreina para indicarla al coronel, que continuaba paseándose lentamente por la gran avenida de castaños.

—¿Qué hace ahí, ese hombre?—preguntó:

Un relámpago, pero lleno de altanería y de orgullo feliz, cruzó por los ojos de la italiana; luego contestó suavemente con una sonrisa adorable y una especie de inefable crueldad:

—¿El coronel de Solignac? ¿Qué te importa?

—El coronel parece que está aquí en su casa.

—Es que está en la mía—repuso Andreina con acento de altiva firmeza.

Dirigióse bruscamente hácia la puerta que, por una escalinata de algunos peldaños, conducía al jardín.

—¡Hasta la vista, Agostino!—dijo entonces la joven.

Y saludando con la mano al marqués, se dirigió lentamente hácia la avenida de castaños, á cuyo final aparecía, como un momento antes, la silueta de Solignac.

Agostino permaneció un momento inmóvil mirando cómo se alejaba Andreina; luego, volviéndose, vió los brillantes y el brazalete, en cuyas esmeraldas reflejaba la luz, haciendo brotar de ellas chispas de un verde brillante y deslumbrador.

—He rechazado la limosna—dijo fijando en las alhajas una mirada cargada de desprecio.—¿Qué debo hacer del consejo?

Cuando salía del hotel en que moraba Andreina, tuvo que retroceder para dejar pasar un

landó en el que iba reclinada una joven rubla, delgada, elegante, adorable, que le produjo el efecto de una aparición. El carruaje desapareció bruscamente por la puerta del hotel contiguo al de la señorita de Olona.

Agostino permanecía aun de pie, en el mismo sitio, fascinado y pensativo, cuando ya se había cerrado la pesada puerta, empujada por los criados y el marqués conservaba todavía en las pupilas esa especie de mancha negra que deja el sol cuando se le mira fijamente. Verdad es, que no sabía, en realidad, si aquel efecto había sido producido por el agudo brillo de las esmeraldas ó por la belleza de aquella mujer que dejaba tras sí como un perfume de amor y un reguero de luz.

—¿La condesa de Farges?—se dijo Agostino.—Consejo de mujer, consejo del diablo. ¿Tendrá razón Andreina?